

Mayo, 2016.

A 20 años del Documento “

Buenas tardes:

La importancia de este encuentro tiene hondas raíces en el ejercicio de discernimiento pastoral en la puesta en práctica del II Sínodo Arquidiocesano, la “ORIENTACIÓN PASTORAL ACERCA DE LA FORMACIÓN DE AGENTES LAICOS PARA ACCIONES ESPECÍFICAS” nace **en un ejercicio privilegiado de corresponsabilidad**, es fruto de la II Asamblea Diocesana (1996). Dios quiera que alcancemos a descubrir la importancia de este momento, no es el simple recuerdo de una fecha o de un evento, es traer a la memoria viva el dinamismo que dio inicio a todo un proceso pastoral en la gran ciudad de México. No es cualquier cosa, es volver a poner nuestra mirada en los cimientos que nos han dado una identidad evangelizadora.

Traigamos a la mente y al corazón algunos datos realmente significativos, en la I Asamblea Diocesana (1994) se ve con claridad la fuerza e impulso de una Iglesia, que desde entonces ya se perfilaba como comunidad misionera y misericordiosa, que se sentía fortalecida por el II Sínodo, recién celebrado, para iniciar un camino de renovación pastoral. Esta I Asamblea era considerada como **“una nueva llamada del Señor a nosotros sus discípulos en esta inmensa Arquidiócesis, para renovar nuestro empeño evangelizador ya actualizado con ocasión del II Sínodo recientemente realizado”**. En esta misma Asamblea se pedía:

- Para concluir me permito exhortar a todos Ustedes a que adoptemos la actitud de quien se siente llamado por el Señor a seguirlo en el camino de la misión.
- Las familias, los alejados del influjo del Evangelio, los pobres y los jóvenes de nuestra Ciudad son la llamada de Dios que nos ha reunido aquí. No los defraudemos.
- **Los laicos, su formación, su misión evangélica secular, nos siguen interpelando a todos como un gran desafío en el México que estamos viviendo.**
- La integralidad de los medios de la evangelización y la prioridad que hemos de dar entre ellos a la promoción humana nos siguen desafiando. No seamos insensibles a este llamado del Señor.
- En el actual caminar de la Arquidiócesis, la SECTORIZACIÓN se descubre como un instrumento de trabajo y organización pastoral muy importante para poder enfrentar todos estos cometidos. Debemos seguir impulsando. No desmayemos en este esfuerzo.

- Que María de Guadalupe, guía y maestra de nuestro peregrinar en el seguimiento de las huellas de Jesús, nos ayude en los trabajos de esta Asamblea. Que San José, el hombre prudente y fiel a su papel en la historia de salvación, nos inspire la prudencia y docilidad necesarias al Espíritu.

El lugar de la formación de los laicos se encuentra en un lugar privilegiado en todo el proceso post-sinodal, no es una cuestión periférica es una de las columnas de la vida de esta Arquidiócesis, por ello este Encuentro es muy significativo, nos pone de frente a una práctica de 20 años, a la necesidad de aprovechar la experiencia adquirida, de replantear nuestras líneas de acción al respecto de la formación específica, de no evadirnos de los grandes desafíos que nos plantea la ahora así llamada CDMX, y aún más nos exige estar a la altura de los tiempos actuales, el Sr. Arzobispo nos alienta en sus OP2016, nn. 2-3:

- Cuando nos dejamos interpelar por el evangelio las exigencias para la vida de nuestra Iglesia local se hacen fuertes y profundas. Los exhorto a que superemos el temor de enfrentar los desafíos que tenemos delante, pues es el mismo Espíritu Santo quien continúa provocando las circunstancias para que vivamos un fuerte impulso de renovación pastoral.
- Les invito a dejar que la esperanza que nos trae el Salvador alimente nuestro espíritu apostólico, para convertirnos en portadores de la alegría que está destinada para todo el pueblo (Cfr. Lc 2,10). Ese es el encuentro que renueva nuestra vocación de servicio al evangelio.

Después de esta breve introducción vayamos entrando en el tema de la Espiritualidad de la Misericordia.

El Marco General para la formación de los Agentes de Pastoral de la Arquidiócesis de México apunta: La formación abarca diversas dimensiones que deberán ser integradas armónicamente a lo largo de todo el proceso formativo. Se trata de la dimensión humana comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera.

- a. Dimensión Humana y Comunitaria. Dimensión del proceso que lleva a asumir la propia historia y a sanarla, en orden a volverse capaces de vivir como cristianos en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior, insertos y comprometidos con la Comunidad.
- b. **Dimensión Espiritual. Es la dimensión formativa que funda el ser cristiano en la experiencia de Dios, manifestado en Jesús, y conducido por el Espíritu día a día.**
- c. Dimensión Intelectual. El encuentro con Cristo, tiene una dimensión de conocimiento, donde la razón se abre al Misterio. Se expresa en estudio y

reflexión, puesta constantemente al día, con la luz de la fe. También capacita para el discernimiento, el juicio crítico y el diálogo sobre la realidad y la cultura.

- d. La Dimensión Pastoral y Misionera. El camino cristiano llena de alegría y esperanza el corazón y mueve al creyente a anunciar a Cristo de manera constante en su vida y en su ambiente. Es la dimensión que despierta la inquietud constante para testimoniar el Evangelio donde no se conozca (Cf. DA 280).

Para hablar de una espiritualidad de la misericordia tenemos que hacerlo desde el dinamismo que brota desde la “Alegría del Evangelio”. Es decir, la Alegría y la Misericordia nos remiten a la esencia misma de Dios, dos realidades que son inseparables en la vida y en el ministerio de Jesús. Estas dos realidades son parte de nuestra propia vida cristiana y del servicio que prestamos a la Iglesia y a la sociedad. En efecto, la vida cristiana es un proceso de crecimiento en la fe y al mismo tiempo es un proceso de formación de hombres y mujeres presentes en la vida cotidiana, en la vida social. De hecho, hace una semana hemos celebrado la fiesta de Pentecostés, misma que ha coincidido con la celebración del día del maestro y de la celebración de los 125 años de Rerum Novarum; bien podríamos decir que estas dos realidades de “moda pastoral”, que aluden a una época profética más que a una etapa temática, son las que mejor describen la vida espiritual de una Iglesia, misterio de comunión y misión.

Este Encuentro está fuertemente marcado por estas dos realidades:

1. **LA ALEGRÍA.** «Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión». Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, «la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» EG, n. 10.

"Un cristiano que continuamente vive en la tristeza, no es un cristiano". Nosotros hoy diríamos: Un laico que continuamente vive en la tristeza, no es un auténtico discípulo de Jesús. La verdadera alegría cristiana es diferente a la diversión, que cuando vienen momentos de dolor se convierte en oscuridad. La alegría cristiana, en los momentos más tristes, en los momentos de dolor, se convierte en paz; ya que la alegría de los laicos no es una alegría pasajera, sino que es un don del Espíritu Santo. Bien podríamos decir que cuando los laicos tienen miedo y no reciben la alegría del Espíritu Santo, se no son buena noticia para nadie, su vida y ministerio están vacíos. Hoy estamos alegres

porque Dios nos ha regalado para esta Iglesia Arquidiocesana laicos, formadores y en formación, alegres, llenos de la alegría de Cristo. ¿O me equivocó?

Por ello, al participar de este encuentro, de reflexión, de intercambio tenemos que agradecer la alegría la gracia recibida de todo el proceso que ha desencadenado esta experiencia eclesial entre los Cefalaes, un recorrido sostenido por el proceso postsinodal. Nuestra mirada, en retrospectiva, se dirige a los muchos esfuerzos de tantos hermanos y hermanas (laicos y consagrados) para que lo propuesto desde el II Sínodo se convierta en realidad ¿Valdrá la pena seguir adelante? Claro que sí. Aceptemos la invitación al concluir este encuentro salgamos con la convicción: “Seamos testigos de la Alegría de Cristo”

2. **LA MISERICORDIA.** Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado.

No es simplemente una palabra, es el corazón abierto del mismo Dios, es toda la bondad del Evangelio de Jesús; ahora para nosotros es también describir el corazón de un padre o de una madre... O si así lo desean es la máxima expresión para describir a los catequistas, hombres y mujeres misericordiosos como el como Padre al servicio de los hermanos. Cuánto bien hace a la Iglesia un obispo misericordioso, cuánta dicha encontrarse con un sacerdote misericordioso, cuanta gracia recibimos al saber que contamos con catequistas misericordiosos... No hay vuelta de hoja, no hay excusa para no asumir el estilo de Jesús, la ternura, la caricia, la reconciliación, el perdón como criterios supremos en la vida y ministerio de todos ustedes, de todos nosotros. Así son un regalo para la Iglesia Arquidiocesana.

No cabe duda vivimos una época profética, llena de muchos caminos que nos llevan a Jesucristo, nuestro Salvador, una época marcada por la gran oportunidad de darle un rostro nuevo a nuestra Iglesia arquidiocesana, de impulsar una profunda renovación pastoral; todos tenemos un papel fundamental en este momento.

La Espiritualidad de la Misericordia nos pide:

1. La vida espiritual es un vivir en Cristo y de Cristo, o lo que es lo mismo, un dejar vivir a Cristo en nosotros (Cfr. Gal 2,20;4,6). Es decir, una Espiritualidad centrada en Jesucristo, fuente de Misión. “Jesucristo es el rostro de la misericordia del

Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret” (MV 1). La Misericordia no es un concepto abstracto, es la revelación de Dios en su Verbo hecho carne: “Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre” (Jn 1,18).

2. La “compasión”, punto de partida y motor de la acción. La compasión es el fundamento de la caridad de Jesús. Es el primer sentimiento que debe adueñarse también de nuestra alma cuando vemos a cualquier persona en desgracia. Quien permanece frío, insensible ante los males, es incapaz de toda obra solidaria y misericordiosa. **Jesús ve. Esto le llega a las entrañas. Esto lo hace actuar. Ver-conmover/compadecer-actuar.**
- 3.
4. La constante actualización y vivencia de las obras de misericordia para tocar a la persona en todas sus dimensiones. Estas obras son “el secreto” para descubrir al Dios con nosotros, que en el ocaso de nuestra vida nos juzgará sobre el amor (Cfr. Mt 25,31-46).
5. Adoptar el estilo de la Virgen María, Madre de Misericordia. Sobre todo vivir según el espíritu del acontecimiento guadalupano. La Tilma de Juan Diego es un itinerario de vida espiritual según nuestra propia cultura. María de Guadalupe “vino para quedarse en su imagen inculturada de madre que consuela con la fuerza del Salvador que lleva consigo”.
6. El contacto con la Palabra de Dios será un alimento indispensable para la oración y para que la misericordia pueda comunicarse en el anuncio kerigmático, en la catequesis, en la homilía y en el núcleo de toda formación cristiana.
7. Los Evangelios, corazón de toda la Escritura deberán ser la fuente principal para alimentar la opción por la práctica de la Misericordia. En las parábolas de Jesús, los bautizados tenemos el camino para optar por el perdón y la reconciliación (Cf. MV 9-10).
8. Convertirnos en puertas abiertas de misericordia. Experimentar la misericordia del Padre en el perdón del Salvador realiza el milagro de que podamos ser, también nosotros, instrumentos de la misericordia del Padre.
9. Vivir intensamente el sacramento de la reconciliación como expresión de un proceso de reencuentro con el Amor de Dios y con nuestros semejantes. Así, vivir la conversión es una experiencia de misericordia, que nos lleva a una vida diferente.
10. Estar atentos: Escuchemos las voces de los desheredados de este mundo. Comenzamos a ser sensibles al sufrimiento de los demás. Escuchar y atender dan un vuelco a nuestra vida. Ser compasivos es fundamental.
11. Hacer nuestro el lenguaje de la misericordia, actitud de humanidad en su sentido más profundo y concreto. Es el lenguaje de la Encarnación, misterio donde tiene sus raíces la misericordia.

Recapitulando: la espiritualidad misionera y misericordiosa, que estamos llamados a vivir, tiene como centro y fuente a Jesucristo, el que se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz (Flp 2,7-8). Recibamos esta exhortación nacida del amor: si vivimos unidos en el Espíritu, tendremos un corazón compasivo, buscaremos tener los mismos sentimientos, no haremos nada por rivalidad ni vanagloria y consideraremos a los demás como superiores a nosotros mismos, no buscaremos el propio interés, sino el del prójimo (Cfr. Flp 2, 1-4). Y, finalmente, estaremos atentos a la voz del Espíritu, sin temor, con paciencia, creatividad y alegría para impulsar el crecimiento de la comunidad, de la cual somos servidores.

Perseveremos hagamos de nuestros centros de formación espacios para delinear el rostro de una Iglesia misionera y misericordiosa formada por agentes de pastoral:

1. Modelos de Fe. Todos, al hacer memoria de nuestro propio proceso personal de crecimiento en la fe, descubrimos rostros sencillos que, con su testimonio de vida y entrega generosa, no ayudaron a enamorarnos de Cristo.

2. Que viven el encuentro personal con el Señor: Toda vocación presupone una pregunta: ¿Maestro, dónde vives? Ven y verás... De la calidad de la respuesta, de la profundidad del encuentro surgirá la calidad de nuestra mediación como agentes de pastoral.

3. Que busquen el encuentro personal y vivo a través de la Eucaristía: Todos experimentamos el gozo, como la Iglesia, de ésta presencia cercana y cotidiana del Señor Resucitado hasta el fin de la historia. Misterio central de nuestra fe. En la visita y la adoración al Santísimo experimentamos la cercanía del Buen Pastor.

4. Que combatan la miopía espiritual: Estamos en tiempos de miopía espiritual que hace que se quiera imponer como normal una cultura de lo "bajo", en que parece no haber lugar para la trascendencia y la esperanza. Hoy más que nunca, surge el deseo del hombre: "Queremos ver a Jesús". Muchos rostros que, con un silencio más decidor que mil palabras, nos formulan este pedido.

5. Auténticos adoradores: Porque adorar es postrarse, reconocer desde la humildad la grandeza infinita de Dios. Sólo la verdadera humildad puede reconocer la verdadera grandeza. Una de las grandes perversiones de nuestro tiempo es que se nos propone adorar lo humano, dejando a un lado lo divino. No adorar lo no adorable es el gran signo de los tiempos de hoy, ídolos que causan muerte no merecen adoración ninguna, sólo el Dios de la vida merece "adoración y gloria". Adorar es decir AMEN.

6. Conscientes de ser vasijas de barro: Con la misma mirada contemplativa con la cual hemos descubierto la cercanía del Señor de la historia, reconozcas en tu fragilidad el

tesoro escondido, que confunde a los soberbios y derriba a los poderosos. Abraza tu fragilidad, reconoce tu barro, así darás culto, sólo al verdadero Dios.

7. Audaces y fervorosos. Implica navegar mar adentro; Audacia que nos lleva a anunciar a Jesucristo con toda nuestra vida. En esta espiritualidad de navegar, existe la tentación de traicionar la llamada a marchar como pueblo, renunciando al mandato de peregrinación como pueblo, para correr alocadamente la maratón del éxito. Hace falta mucha audacia para trabajar unidos a la Iglesia y contra la corriente. Caminar como pueblo siempre es más lento, no faltando el cansancio y el desconcierto, pero confiados en la invitación a renovar el fervor de la audacia apostólica, en comunión y unión al sacerdote y los pastores.

8. Hombres y mujeres que anuncian cómo es el Señor: Ser formador no es simplemente enseñar una doctrina, sino es, desde tu pecado, dejarte mirar por Jesús que te salva, y llevar esa alegría de la salvación a todos los demás explicándoles como es el Señor, pero que sea realmente Señor de los creyentes. Para lo que hay que ayudarles a rezar en profundidad, adentrarse en sus misterios, a gustar de su presencia... No vaciando el contenido del misterio divino, reduciéndolo a simples ideas que llevan a la enfermedad de la historia.

9. Agentes de pastoral de este tiempo: Somos evangelizadores de este tiempo, de esta Iglesia. Y, por ser discípulos misioneros de este tiempo marcado por la crisis y los cambios, no hemos de avergonzarnos de proponer certezas... No todo está en cambio, no todo es inestable, no todo es fruto de la cultura o el consenso. Hay algo que se nos ha dado como don, que supera nuestras capacidades, que supera todo lo que podamos imaginar y pensar. El misionero ha de vivir lo que nos dice S. Juan: "Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él". Podemos decir con el apóstol Pablo: "Sé de quién me he fiado".

10. Que salgan a "LA PERIFERIA": Animados a pensar la pastoral de la periferia, desde aquellos que están más alejados, de los que habitualmente no concurren a la parroquia. Ellos también están invitados a la Boda del Cordero. Dios los ha llamado en esta Iglesia, para que sean parte y protagonistas de la asamblea, no para manejar, ni imponer, gobernar, mandar, o buscar enfrentamiento y lucha, sino para hacer juntos la apasionante experiencia de dar a conocer a Cristo, y dejar que sea Dios quien escriba la historia.